

Los Boletines del Espíritu

Suelen a veces las persecuciones encarnizadas hacer que hechos insignificantes adquieran proporciones enormes. De cuántos escritores no se habló en su tiempo por la sola circunstancia de haberse ensañado en ellos la justicia o la intolerancia religiosa. La Inquisición ungió mártires cívicos de la ciencia y del pensamiento a muchos pensadores mediocres que, a no haber mediado la ferocidad de aquellos enemigos implacables, se hubieran muerto silenciosamente con sus obras y sus escasos discípulos, sin exaltar movimientos importantes anti-religiosos o políticos. Así sucedió con el Bilbao de *Los Boletines del Espíritu*. Tanto se preocuparon de él la Iglesia y la prensa conservadora que, en aquel folleto pobre

en ideas, vago, nebuloso e incoherente, llegaron a ver sus amigos un escrito admirable, una voz de la verdad que se alzaba cual una columna de sombras contra el imperio de la tiranía. El Arzobispo Valdivieso cometió, ciertamente, un error al decretar una excomunión contra su autor y al condenar aquel estudio, cual si se tratara de una obra violentamente anticatólica cuando en sus páginas sólo atinaba Bilbao a confundir y mezclar los preceptos del cristianismo primitivo con las exaltaciones de un misticismo vago y misterioso hasta la incoherencia. ¿Podía ser aquélla la obra de un libre pensador cuando exponía en los siguientes aforismos su sometimiento a la Providencia?: "Detén, Señor, tu frente de luz y fuego, porque yo tu hijo, me evaporo en la inmensidad, como un astro incendiado que dispersa sus elementos en el seno de la creación... No me basta mi fuerza solitaria ni mis actos rectos, quiero vibrar en la palanca de la patria cuando se exalte como un sólo hombre, pero ante todo que tu voluntad sea hecha y no la mía".

¿Por qué, entonces, los enemigos de Bilbao quisieron ver en dicho escrito imperdonables blasfemias y le condenaron por anti-religioso, no sólo a él, sino que a quienes como Sarmiento, al hacer la crónica de los sucesos que se promovieron en torno del libelo, cometió el solo delito de recordar en su folleto, célebre entonces, que la condenación de "Los Boleti-

nes del Espíritu" en nada perjudicaba a su autor ante las clases obreras? Espíritus demasiado sutiles o demasiado escrupulosos vieron en sus páginas aquello que la Pastoral condenatoria del Arzobispo censuraba por sobre todas las cosas: "Aún más,—decía esta,—da a entender, que no cree que Nuestro Señor Jesucristo es nuestro Dios consubstancial con el Padre, puesto que asegura le profesa un amor inferior al que tiene a Dios".

¿Constituían acaso errores teológicos o atentados blasfemos contra el dogma aquellas palabras ardientes que Bilbao estampaba en el noveno acápite de sus *Boletines*? "¿Quién ha blasfemado diciendo que hay penas eternas, cuando yo no las invoco ni para los tiranos ni para los corruptores de la conciencia?... ¿Quién ha blasfemado diciendo que el fruto de mujer nace condenado? El niño, aurora virginal que el Señor colora todos los días, para enviarnos una imagen de su creación predilecta." Como su maestro Lamennais invoca Bilbao el sentimiento cristiano de Jesús: la bondad, la mansedumbre que redimió al cristianismo anterior de toda su ferocidad bíblica; de esa ferocidad hecha de sangre, de espanto, de dolor y de ira. Antes que amar a Abraham y a aquel celoso y terrible Dios de Israel, Bilbao quería a Jesús, dulce, manso, puro, enorme y evangélico. Era, en fin, cristiano, con el Maestro y no con las enseñanzas de sus discípulos.

Pero la Iglesia, en la representación de sus pastores, no aceptaba tales bizarrías. Sus enseñanzas calzan en un marco estrecho, y, ¡ay! del que se aventurara a salir de su limitación! Y Bilbao comprendía esto demasiado, pues al aparecer la traducción de las *Palabras de un Creyente*, la *Revista Católica*, declaraba que “condenaba solemnemente las *Palabras de un Creyente* porque era un libro de análisis y de meditación filosófica, cuando *la duda solamente es un crimen.*”

Substancia, principio, causa y fin de *Los Boletines del Espíritu* son las siguientes palabras de Bilbao: “La primera palabra del pueblo soberano, es Dios, la persona infinita y creadora—que es por quien somos y a donde vamos... La segunda palabra es Libertad... Y la tercera palabra, es la comunión de los seres—amor, fraternidad... Dios es con nosotros—¿a quién tememos?” Y, extremando más adelante esta exaltación de su amor universal, y buscando el fondo de unidad común en todas las más altas aspiraciones antropomórficas, escribe: “En nuestros ritos, en nuestros dogmas, desde el más remoto, desde el de la última tribu hasta la filosofía, que es la luz de las luces, hay un fondo común, cuyos símbolos varían, cuyas interpretaciones se chocan”. Dios es para Bilbao el sumo principio del bien, el espíritu de la justicia y de su dilecta perfección: “Formad, pues,—dice—una comunión Omnipotente,

una misma humanidad, una misma palabra: Dios, Libertad, Fraternidad”.

El resultado de esta aspiración humana de Bilbao, basada en el bien y en la fraternidad, perseguía como fin la liberación moral completa del hombre, y, dentro de ella, el sacrificio de cada ciudadano a la Patria, “que es el altar del sacrificio en donde cada ciudadano debe ofrecer, en holocausto, su corazón.”

La autoridad eclesiástica, antes que atenerse al testimonio del escrito, interpretó el alcance de muchos de sus párrafos, de lo cual indujo más suposiciones que afirmaciones establecidas por Bilbao mismo. Así, decía la Pastoral que: “Su autor, no contento con manifestar “*menosprecio por las Santas Escrituras*” y un odio encarnizado a los ministros de la religión divina, niega abiertamente la eternidad de las penas del infierno y el pecado original, blasfemando sacrilegamente de Dios Nuestro Señor que ha revelado estas verdades esenciales de nuestro símbolo.” Hé aquí, pues, lo que advertía antes: de la interpretación se dedujo que Bilbao menospreciaba las Santas Escrituras, aún cuando dichos libros fueron siempre la fuente incontrovertible de su credo moral. En ellos encontró la elevación que buscaba en su maestro bien amado Lamennais; y, a medida que los años transcurrían, su espíritu era como un espejo que reflejaba fielmente sus enseñanzas. Bilbao amaba el Evangelio y buscaba siempre en él to-

da perfectibilidad humana. ¿No pedía, años más tarde, la resurrección del Evangelio con palabra ardiente y convicción profunda?: “El Evangelio—escribía—ha sido el libro invocado y ha sido también el libro que guarda el verdadero testamento del espíritu divino, universal, ley de amor—doctrina y ejemplo—razón y entusiasmo—éxtasis y práctica de la verdad.” ¿Cómo decir, entonces, que menospreciaba las Santas Escrituras? Nada más injusto y antojadizo.

En la parte que la Iglesia condenaba *Los Boletines del Espíritu*, por negar el pecado original, debemos entrever el alcance y la influencia de las teorías de Rousseau. Decía Bilbao al condenar indirectamente los dogmas: “Lógica extraña que empieza asesinando a la justicia y concluye por el martirio de la madre que cree llevar en sus entrañas el fruto de Satán”. El filósofo de *Las Confesiones* suponía que el hombre nace bueno y la sociedad le pervierte. Si este principio se aplica a la política, fácilmente se comprende su alcance enorme en lo que atañe a la organización democrática. ¿No estaría resuelto el problema de las que hoy son puras utopías igualitarias? Si el hombre nace bueno y sobre la base de tal unidad se establece cada agrupación procurando conservar semejante integridad moral en el individuo, el comunismo, el fourrierismo o el kropotkinismo, llegarían a ser un triunfo indiscutible de todas las

excelencias de las democracias. Y para la Iglesia tal negación del pecado original envolvía una blasfemia perjudicial y peligrosa.

No es, por cierto, el escrito *Los Boletines del Espíritu*, digno de ser recordado ni siquiera comentado. Quienes habían leído entonces a Lamennais encontraban en el opúsculo de Bilbao nada más que una débil repetición de algunos tópicos desarrollados con calor y admirable forma por el solitario de La Chesnaie. Es de las obras de Bilbao acaso la más insignificante, pues en ninguno de los escritos posteriores extremó tanto el tono declamativo y sentencioso. Además, su estilo se resiente de una afectación que deja ver fácilmente su artificiosidad como deja ver por su reverso una tela la combinación de los hilos de su tejido. Con razón, al recordar *Los Boletines del Espíritu*, escribía años más tarde Barros Arana: “Forman un conjunto de pensamientos muy poco relacionados entre sí, y en una gran parte, verdaderamente incomprensibles”. Este juicio es exacto. Ya lo advertíamos antes también que en dicho escrito primaba lo nebuloso e incoherente. Sin embargo, pocas veces en Chile un libro ha despertado la atención y los entusiasmos que *Los Boletines del Espíritu*. *La Sociabilidad Chilena* fué leída y buscada por el proceso que en torno de ella desencadenó la autoridad. Los “Boletines” exaltaron los ánimos gracias a la excomunión que sobre ellos hizo recaer

la autoridad eclesiástica. Es preciso recordar que la pastoral antes citada concluía de este modo: "Y vosotros, nuestros amados cooperadores en el sagrado ministerio, estad alerta contra los enemigos de la religión y de las buenas costumbres, y procurad tanto en el púlpito como en el confesionario, preservar a los fieles de sus emponzoñados escritos y alejarlos de su corruptor aliento, a fin de que no se contaminen con sus malas doctrinas, acordáos de lo que nos enseña el apóstol San Juan cuando dice: *"Si alguien viene a nosotros, y no hace profesión de esta doctrina, no lo recibáis en nuestra casa, ni le saludéis. Porque el que lo saluda comunica con sus obras."*

¿Qué más podía desear un pensador joven para conquistar nombre y gloria que esta especie de martirio alcanzado con su fe apostólica de iluminado? El, que, ante todo amaba al dulce Nazareno, la bondad y el bien, no podía aceptar el credo estrecho de aquel amor egoísta a un Dios vengativo y cruel.

VIII.

Fracaso de una Revolución

Disuelta la Sociedad de la Igualdad y dispersos sus principales elementos, unos en la cárcel y otros en el destierro, los pipiolos no se habían de resignar a sufrir en silencio el triple fracaso de esa su laboriosidad desarrollada durante los siete meses que duró aquella asociación de los igualitarios. Era menester juntar los cabos sueltos en un cuerpo de asociación que iniciara nuevamente la fusión de los miembros de la Sociedad. Y ya que el Gobierno recurría a medios arbitrarios y violentos, ellos debían también conspirar, en el silencio, en la sombra, amparados en los sitios más ocultos como cualquiera locura prohibida. Si la autoridad se interponía, ellos sabrían burlar sus acechanzas, violar y violentar las

barreras de sus restricciones. Ante la fuerza armada, ellos querían oponer la exaltación revolucionaria, el movimiento subversivo de los cuarteles y el apoyo violento del pueblo. Al garrote el hïerro; al asalto nocturno el motín; a la tiranía la guerra sin cuartel.

Bilbao, que había vivido cerca de Quinet durante las barricadas de París, insinuó la idea de un movimiento revolucionario que en su inexperiencia de señador adivinaba muy fácil y seguro. Sabía, además, que en algunos cuarteles reinaba el desconcierto: descontento con los jefes y simpatía por el movimiento iniciado en la Sociedad de la Igualdad, e incertidumbre ante los rumores de un probable movimiento venido del sur del país. Entonces era preciso aprovecharse de ese estado propicio y tentar los primeros avances subversivos.

Desde su refugio de la hacienda "Las Palmas" Bilbao procuraba alentar a los igualitarios dispersos. En su último escrito, después de ser disuelta la Sociedad de la Igualdad, escribía: "Que nuestra palabra cunda por debajo de la tierra y llegará al día en que la tierra se levante... Guerra al despotismo! ¡Guerra incesante! ¡Que no viva tranquilo! Mostrar en todos momentos que somos buenos ciudadanos... Cada socio procure pasarse y comunicarse por estas líneas. Yo trabajo sin cesar. Organícen gran

pos de conversación." Los ánimos no decaían. Más esforzado que nunca, comprendió Bilbao que del peligro es posible sacar energías sobrehumanas para levantar a un pueblo. Y la revolución era para él una medida de salvación.

Pedro Ugarte, joven magistrado y espíritu ardoroso que, siendo juez del Crimen había sido suspendido en sus funciones durante un mes por amparar serenamente los derechos de la Sociedad de la Igualdad, se erigió el primero en el portavoz de la conspiración que se iniciaba. Atizó el fuego del entusiasmo en las reuniones e indujo al coronel Urriola, militar prestigioso, ya retirado del Ejército, a tomar parte en el levantamiento que se proyectaba. Era Urriola uno de los más aguerridos y bravos militares de su tiempo: actor en varios combates y triunfante en varias campañas, había visto muy de cerca los resplandores de la gloria y las tristezas de la muerte. Su ascendiente entre los soldados era grande y firme: le querían por su brava apostura y sus gallardos ademanes. La historia de su vida era una página heroica, hidalga y bizarra. Retirado prematuramente del Ejército, vivía en la intimidad de su hogar cultivando su huerto como el Cándido de Voltaire. Ganado a la causa subversiva por Ugarte, aceptó un cometido que había de llevar poco más tarde el dolor irreparable a su hogar. Acordadas las condiciones en que se debía

obrar, los conductores del movimiento iniciaron su obra con toda actividad, celo y sigilo. La situación favorecía abiertamente sus planes. A mediados del mes de Febrero de 1851, se proclamaba en Concepción la candidatura presidencial del general don José María de la Cruz, y ese movimiento atrajo todas las atenciones del Gobierno, promoviendo en Santiago una corriente de opinión ardiente y apasionada. A pesar de las francas inclinaciones conservadoras del nuevo candidato y de serle afectos los elementos moderados de los pelucones, los liberales, tenaces opositores a la candidatura Montt, resolvieron allegar su decidido concurso al triunfo del general Cruz.

Gran parte de algunos regimientos bien pronto se mostraron afectos al movimiento revolucionario. Además, del elemento voluntario que se suponía ingresara al motín en la última hora, Bilbao, ingenuo y soñador, prometió arrastrar a cinco mil igualitarios que, desgraciadamente, no concurrieron ni fue posible reunir.

Casi dos meses enteros tardó en organizarse minuciosamente aquel movimiento, desde el día en que Bilbao y Pedro Ugarte iniciaron su acción agitadora en reuniones, en corrillos, por donde quiera que apareciese un igualitario o un pipiolo decidido. El Presidente Búlnes alcanzó a tener noticias y alarmas oportunas del conato que se preparaba; mas, con-

fiado en el celo de su tropa, tuvo razones para desconfiar más de una vez lo que el temor agrandaba ante los ojos temerosos de sus allegados.

Estalla la revolución el 20 de Abril. Sorprendida la tropa a última hora por sus jefes, que habían sido ganados a las órdenes de Urriola, marcha maquinalmente al triunfo o a la derrota, sin tener noticias claras de su situación. Precipitado el movimiento en menos de una noche, sin orden ni concierto previos; confundido el propio Urriola y dispersos los conductores civiles de la revolución, la jornada no podía ser sino un fracaso total que la sagacidad previsora de Urriola debió suponer, dadas la energía y el espíritu activo del Presidente Búlnes. Antes que los revolucionarios hubieran organizado regularmente el ataque y cuando aún aquel movimiento más tenía carácter de asonada que no de revolución, ya en la Moneda se había dado la voz de alarma y las tropas afectas al Gobierno se organizaban rápidamente.

Más de media noche transcurrió y Urriola vacilaba aún ante la incertidumbre de emprender un ataque formal. Las horas se sucedían y sólo cuando las primeras luces del alba bañaban la ciudad y los soldados del batallón Chacabuco estaban sobre las armas ante la Moneda, Urriola se decidió a intentar un ataque que, de antemano, no había previsto. Y en la guerra, como en los motines, siempre lo

inesperado conduce seguramente a la derrota o a los fracasos.

Las fuerzas revolucionarias contaban poco más de quinientos hombres. Soldados muchos, simples ciudadanos otros, no era fácil establecer en aquellas filas el concierto y la disciplina. Las horas transcurrían y sólo de las armas insurrectas se habían escapado algunos débiles disparos ante la puerta de la cárcel, cuando se intentó un asalto para libertar a los reos políticos.

Cansado Urriola de aguardar los recursos del regimiento Chacabuco, que ya estaba en armas en la Moneda a las órdenes del Presidente, e incapaz de creer que aquel cuerpo no le fuese fiel y afecto en el motín, marchó a la cabeza de su tropa, en brillante desfile hacia el cuartel de la Artillería. Se inició el combate, con todas las desventajas posibles para la tropa de Urriola. Los defensores del cuartel se niegan a entregar su reducto, y, bien parapetados, hacen fuego contra los asaltantes. Lucha estéril y heroica fué aquélla, en la cual más podía el entusiasmo que la cordura. ¿Acaso los revolucionarios, entre ellos Bilbao, Lillo, Recabarren, Ugarte, Videla, soñaban ante las puertas del cuartel de Artillería en los días memorables de la Bastilla? Lanzada la tropa contra sus muros erizados de soldados, cae en estéril sacrificio. Fracasados los intentos de incendio, uno a uno van pereciendo aquellos intrépi-

dos asaltantes. De pronto, alguien da la voz de alarma, anunciando la rápida marcha ofensiva del batallón Chacabuco, que se dominaba a lo lejos desde el alto del cuartel de Artillería. Desciende la tropa rápidamente y forma barricadas en las calles. Y mientras el grueso de la multitud se queda en ávida espera, Urriola se avalanza a la cabeza de una compañía a tomar la retaguardia. Al desembarcar en la calle de Agustinas "y torcer hacia la calle de los Recogidos,—refiere Vicuña Mackenna—un vigilante, que venía a caballo en esa dirección, con su rumbo perdido y como desatentado y a la disparada, al encontrarse con un grupo armado, levantó la carabina, y sin hacer puntería ni sujetar el caballo, tiró y la bala, por el efecto más extraordinario y casual, fué a traspasar el cuerpo del coronel Urriola en la sección, más sensible, atravesándole el vientre y el hígado en dirección oblicua. Cayó en la acera, y el infortunado jefe, no dijo sino estas solas palabras al fiel Recabarren y a Claro:—*No me abandonen!*" (1). Así terminó la vida de Urriola, en el epílogo de una traicionera casualidad, indigna de un guerrero que, durante toda su vida, vivió acostumbrado a los sobresaltos de la guerra y a las audacias del heroísmo.

(1) VICUÑA MACKENNA.—*Historia de la jornada del 20 de Abril de 1851.*

Avanzan las tropas fieles al Gobierno, a lo largo de la calle, y entonces se produce el desastroso encuentro, cuyo resultado fué la más bárbara carnicería, inhumana y despiadada hasta el salvajismo. Se combatió en las calles, en las alturas del cuartel de la Artillería y en la Alameda, con rudeza temeraria. Muchos soldados quedaron allí tendidos para no levantarse más, sellando con sus labios la esperanza de aquel triunfo que se había de convertir luego en una triste derrota, obtenida por la disciplina. Ganada ya la primera tregua del combate y victorioso el regimiento Valdivia, se abrieron las puertas del cuartel de Artillería y los jefes instaron a los soldados a ocupar sus antiguos puestos. "Apagados los fuegos—recuerda don Augusto Orrego Luco—se percibían fácilmente las palabras de halago y de perdón con que los jefes llamaban sus soldados a la obediencia y a la lealtad" (1). Y así, en menos de una hora, aquel triunfo conquistado a sangre y fuego, se convirtió en una verdadera derrota, una derrota alcanzada por la inercia. Y el que pudo haber sido para el Gobierno el mayor de los fracasos, se convirtió en un proceso de persecución justiciera.

Bilbao, como Lillo, Recabarren y Ugarte, había tomado parte activa en aquel conato revolucionario. Formaron en las filas, cerca de los soldados y sólo

(1) A. ORREGO LUCCO.—*El 20 de Abril*. (Revista Chilena).

cuando comenzó la tremenda carnicería entre el Valdivia y las tropas del Gobierno, se retiraron a cierta distancia, buscando un seguro refugio fuera del radio activo del combate. En la Vista del Fiscal, cuando se ordenó instruir el proceso respectivo a todos los cómplices del movimiento, se estableció que Bilbao había obrado como un agitador. ora arengando a las multitudes, ora dando aliento a sus mejores bríos: "Don Francisco Bilbao,—dice dicho documento—según lo deponen varios testigos, capitaneaba a la plebe armada, la proclamaba y exortaba e invitaba a tomar armas a la gente del pueblo. Según un testigo, hizo tocar a fuego en la Catedral; y según otro, convino en el incendio del cuartel de Artillería."

Aplacados ya los ánimos, comenzó a hacerse sentir la persecución de la justicia. Las pesquisas no daban tregua a los fugitivos. Los unos huían a la ventura a refugiarse en el campo y los más querían abandonar el país. Don Manuel Bilbao refiere que, gracias a la bondad de don José Manuel Escanilla, logró su hermano huir hacia Valparaíso, para embarcarse luego rumbo al Callao.

Fracasado aquel intento revolucionario en el cual había puesto él todas sus esperanzas, se alejaba de la patria desilusionado y prófugo, dejando tras de sus pasos a sus hermanos de jornada y a su tierra que no había de volver a ver ya, nunca jamás.

Bilbao en el Perú

No era muy tranquila y estable la situación del Perú por los años en que Bilbao llegó a la ciudad de los Virreyes. Después de ocho años de paz y de administración tranquila, corridos bajo la administración del general Castilla, sólo perturbados accidentalmente por una que otra conspiración de escasa importancia, sube al poder el general Echeñique, y con él se inicia una época triste de perturbación y desgobierno. Los servicios administrativos se granjean entre sus amigos y camaradas; las pensiones fiscales se conceden como beneficio y botín; las riquezas del Erario se reparten sin escrúpulos y la empleomanía llega a ser una plaga inveterada que roe presurosa las arcas del Estado. "Après lui

—escribe Francisco García Calderón al hablar del general Castilla—le scandale financier, les consignations du guano, les spéculations, l'impure fièvre de lucre engendrent le mécontentement. La prophétie de Bolívar s'est accomplie: l'or a corrompu le Pérou". (1). El general Echeñique, hombre pusilánime y fácil al halago, dejó hacer a sus partidarios que le habían exaltado al poder. Su Gobierno contó con el apoyo decidido de los conservadores y, en general, de todo el elemento reaccionario." Su Ministro de Relaciones Exteriores—recordaba Lastarria—profesaba una decidida adhesión a la monarquía, y su Ministro de Justicia era un sacerdote que, como dictador de la juventud, había propagado las doctrinas más absurdas contra la soberanía nacional y los demás principios fundamentales del Gobierno democrático". (2). Mal gobernante y hombre de poco carácter, Echeñique había llegado a la suprema magistratura amparado por su audacia y por la magnanimidad de sus promesas: así, pues, sus partidarios, una vez en el poder, quisieron convertir al Estado en unas fáciles bodas de Camacho, en las que presidía la abierta generosidad del Presidente. "Todas las malas pasiones—dice

(1) FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.—*Les Démocraties latines de l'Amérique*. Ch. II.

(2) LASTARRIA.—*Estudios Históricos*. (Segunda serie). Ob. comp. Vol. VIII.

Moncayo—todas las tendencias perniciosas, las intrigas, la impostura, el fraude, el engaño, la mala fe, la falsía y la traición se pusieron en juego para explotar ese rico venero de corrupción abierto y ofrecido en gaje a todo un pueblo" (1).

Instalado en Lima, Bilbao y no aplacados sus ardores contra el despotismo a pesar de la disolución de la Sociedad de la Igualdad, inició una campaña sistemática contra el Gobierno del Presidente Echeñique. Colaboraba en la prensa, pidiendo la abolición de la esclavitud de los negros y en la *Revista Independiente* atacó duramente la corrupción administrativa. Entre el público no pasaron ciertamente desapercibidas dichas amonestaciones: Bilbao, chileno, entusiasta y ardoroso en su apostolado de la verdad y de la honradez, reunió una asociación de jóvenes que eran los portavoces de sus audacias y de aquella campaña de regeneración. El Presidente Echeñique comprendió a tiempo las perturbaciones que le podían acarrear en el país semejantes cruzadas puritanas, predicadas por un desterrado extranjero y por un grupo ardoroso de jóvenes. Bilbao supo a tiempo que se trataba de acallar su voz con una orden de prisión. Buscó asilo en la Legación de Francia hasta que, habiendo celebrado una entrevista con el Presidente, se comprometió en lo

(1) MONCAYO.—*El General Castilla después de La Palma*.

sucesivo a no mezclarse en política, o, más bien dicho, en los asuntos internos del Perú. "Asilado en la Legación de Francia—recordaba más tarde en los "Mensajes del Proscripto"—por el espacio de tres meses, no se me permitió permanecer en el Perú sino bajo la condición de no mezclarme en la política del país". Claramente comprendió Bilbao su difícil situación, harto desventajosa en aquel país extraño; prefirió aguardar ocasiones mejores y circunstancias propicias para ganar el tiempo perdido. Se trasladó al Ecuador.

Transcurrieron los meses hasta que el año 54 estalla la revolución. El general Castilla, caudillo prestigioso y caballeresco, astuto, esforzado hasta el sacrificio, comprendió en medio de aquella disolución que significaba el Gobierno de Echeñique, la necesidad de un movimiento subversivo que reorganizara todas las instituciones del país, asegurando el prestigio de la Presidencia. Durante veinte años Castilla había hecho sentir su benéfica influencia sobre aquel país que había de ser víctima de su propia riqueza, como lo presagiara Bolívar. Era preciso, pues, una mano de hierro y una administración muy firme a fin de evitar la bancarrota y la venalidad gubernativas. Y Castilla, hijo de guerreros, habituado al trabajo y a la disciplina del cuartel, que siempre miró cara a cara al enemigo, peleando durante la guerra de la Independencia en Chile, combatiendo

al lado de San Martín en 1821, triunfante en Ayacucho, prisionero en la Campaña de Bolivia, hasta conquistar el generalato galón tras galón, campaña tras campaña, había forjado su espíritu en la escuela de la disciplina y del más acendrado patriotismo: era, por lo tanto, honrado, valiente, sereno y audaz como gran caudillo y general bisoño. "Simples sont ses idées:—escribe de él García Calderón—conservateur dans l'ordre politique il respectait le principe d'autorité". Odiaba las revoluciones y quería para su país días de orden y prosperidad. La debilidad de Echeñique le indujo a precipitar un movimiento subversivo y a arrebatarse el poder.

Apenas iniciada la revuelta, el descontento popular contra el Gobierno no tardó en hacerse sentir con toda violencia. Auxiliado Castilla por el Presidente de Bolivia, el general Belzú, organiza rápidamente un ejército en el sur. Nueve horribles meses de vacilaciones y sacrificios dura aquella campaña tenaz hasta que en los primeros días de Enero del año 55 el pueblo de Lima secunda el movimiento subversivo y Echeñique es derrotado en La Palma.

Los tres hermanos Bilbao, Francisco, Manuel y Luis, se encontraban entonces en Lima, donde habían regresado después de los amargos días de exilio sufridos en Guayaquil. Volvían en ayuda de su padre, que había sido arrastrado a la cárcel por or-

den del general Echeñique. Cuando estalló en la ciudad el movimiento revolucionario, mientras Castilla reñía batalla contra las tropas gobiernistas, tomaron los hermanos Bilbao parte activa en aquella jornada, en la cual se iba a jugar la suerte de un nuevo período presidencial en Santiago. "Desde que se sintió el primer cañonazo disparado en el campo de batalla—escribe don Manuel—los Bilbaos, acompañados del señor don Manuel O. Zaballos, sus sirvientes y otros amigos, se lanzaron a la calle; atacaron la torre de San Pedro, la tomaron y echaron a vuelo las campanas" (1). Acudió el pueblo a este llamado y constituido en número considerable, la revolución triunfó dentro de la ciudad rápidamente. Deshechas las tropas del Presidente Echeñique dentro y fuera de la capital, el movimiento precipitó la derrota total de los regimientos gobiernistas.

Castilla, mandatario progresista y comprensivo, había decretado el año anterior, cuando aún se iniciaba la revolución, la libertad de los negros y la abolición del tributo que pagaban los indios. Fueron estas medidas las más sábias y progresistas de su Gobierno, que, comenzado con tan altísimas miras, había de extremar después una dictadura nefasta para los mismos principios de libertad que él había

(1) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

implantado. También durante los días de su administración presidencial se reunió una convención nacional que decretó la abolición de la pena de muerte; dictó una Constitución liberal; restableció las Municipalidades y estableció el sufragio universal.

Ardoroso e ingenuo, Bilbao creyó entrever en aquel gobernante la encarnación de un verdadero apóstol de la democracia. Escribe entonces su "Gobierno de la Libertad", en el que expone todas sus ideas sobre el Gobierno representativo, sobre el concepto de la libertad y los deberes del gobernante.

La estabilidad de aquel Gobierno le hizo creer a Bilbao en su completa libertad de acción: inició entonces una violenta campaña abogando por la libertad religiosa y exponiendo sus ideas sobre el dualismo entre la libertad y el catolicismo. Creyó que la autoridad iba a amparar sus audacias, sin reparar en que el general Castilla era un conservador moderado, partidario del orden y de la tranquilidad.

Acusado Francisco Bilbao por el fiscal don Vicente Villarán, la Corte Suprema de Justicia castigó sus ardores revolucionarios y sus libertades contra la religión del Estado, enviándolo a un calabozo de la cárcel de la Inquisición.

Defendido por su hermano, don Manuel, obtuvo su libertad y se embarcó rumbo a Europa a fines de Junio de 1855.

Una vez más el destierro venía a interrumpir sus sueños igualitarios. Una vez más, se encontraba lejos de su patria, de su hogar y de sus amigos.

X

Una obra mística

Durante los años que Bilbao residió en el Perú no sólo se preocupó de atacar al Gobierno y predicar entre la juventud nuevos credos políticos y sociales: su vida austera y laboriosa dejábale frescas horas de descanso que el escritor dedicaba enteramente al estudio y a sus labores ideológicas. Más que en otra ciudad de América, en Lima, ciudad de los Reyes, fastuosa y colonial, su espíritu cultivó como nunca en sus días de meditación y de serenidad, fuertes ideales de perfeccionamiento místico. Relee una vez más los libros de su maestro muy amado Lamennais, visita frecuentemente las viejas iglesias y los anchurosos palacios que, a través de los siglos, parecen conservar las huellas profundas del